

bien. Somos ricas, y si no nos hacemos amar, haremos que nos perdonen nuestra fortuna. Consientes, ¿no es verdad, madre mía? Destruyamos todos los odios que germinan á nuestro alrededor. Algunos de ellos son justos. Después, ¡ya verás qué felices somos! ¿No sirve el dinero más que para guardarlo y amontonar millones y millones?

—Sí, exclamó por fin la marquesa, dejándose vencer por las súplicas y las caricias de su hija, haz lo que quieras y no llores. Yo aprobaré todo lo que tú hagas.

Nicolasa quiso justificar su victoria.

—Toma, dijo á su madre dándola la carta de Jorge Richard, y la que acababa de escribir á Roger de Ambares.

Mientras su madre leía, Nicolasa se puso á escribir.

—Lee esta también, dijo á la marquesa.

El papel que acababa de escribir Nicolasa decía:

»El señor Malo de Briquebec entregará á los señores de Kerandal la cantidad de quinientos mil francos á la presentación de este documento.

»NICOLASA DE FONTEROSE.»

Y cogiendo la pluma, se la dió á la marquesa.

La marquesa escribió esta palabra al pié de las anteriores líneas:

«APROBADO.»

—¿Qué significa esta cantidad para nosotras? la preguntó Nicolasa.

—¿Quieres más? repuso la marquesa.

—¡Nunca he sido más feliz! exclamó Nicolasa. Hoy sé que tengo madre.

La marquesa dió un beso en la frente á su hija.

—¡Muy caro te cuesta!

—¿No vale más de quinientos mil francos este momento?

—Tienes razón, hija mía.

XVIII.

La justicia se pone en movimiento

Las gentes que transitaban por el camino de Vanes á Josselin, fueron sorprendidas el último jueves del mes de Octubre por un espectáculo que no esperaban.

Toda la fuerza armada del distrito, escoltando un carruaje tirado por dos caballos, procedente del primero de estos puntos, se dirigía procesionalmente al segundo.

Aquel carruaje, que miraban con asombro los bretones, no conducía á ningun miembro del Parlamento, que regresaba de conferenciar con el gobierno de Luis XIV.

Conducía á tres personajes, dos de los cuales

conocemos: el señor de Buxieres y el señor Aubertin.

El tercer personaje respondía al nombre de Aristides Cesaire.

La escolta de estos personajes se componía de dos brigadas de gendarmes.

Al sentir el trotar acompasado de los caballos, todos los vecinos de Elven se asomaron unos á las ventanas y otros á las puertas de sus casas.

—¡Aves de mal agüero!, dijeron unos.

—¿Dónde caerá esta nube? murmuraron otros.

—Se debe tratar del asunto de los Kerandal, pensaron los más prudentes.

—Mucho deben valer cuando se cree necesaria tanta gente para prenderlos.

—A propósito de los Kerandal. ¿Es cierto que Santa ha perdido la razón como su madre?

La gente del campo decía al ver pasar la imponente comitiva.

—Tanto ruido para nada.

—De alguna manera han de ganar su soldada los gendarmes.

—¡Buen viaje!

Cuando llegaron á las landas los hombres de ley, el procurador señor de Buxieres se volvió hácia el juez de instrucción señor Aubertin.

—Trabajo nos va á costar saber dónde hay un hombre enterrado en estas inmensas llanuras.

El señor Aubertin se limitó á levantar la cabeza para mirar á su jefe.

El adjunto, señor Aristides Cesaire, parecía menos preocupado que el señor Aubertin.

En vez de meditar acerca del crimen, admiraba la belleza del paisaje.

—¿En qué pensais, señor Aristides? le preguntó el procurador señor de Buxieres.

—Pienso... en que este es uno de los viajes más agradables que he hecho en toda mi vida. Es un país curioso la Bretaña.

—¿Lo conociais?

—Nada mas que de nombre.

Durante la travesía se unieron á los gendarmes los destacamentos de los pueblos que atravesaban.

Michaud y sus dos acólitos, Greluche y Pecherolles, se acercaron al carruaje del procurador en el momento en que éste paraba delante de la casa de Cahussac.

Los hombres de ley se apearon y se dirigieron, acompañados de Michaud, á casa de los Kerandal.

Michaud llamó.

—¿Quién es? preguntó Catalina asomándose á una ventana.

—Abrid.

—¿Qué venís á hacer aqui?

—Es la justicia que viene á interrogar á María Ana.

—Aquí está, contestó Catalina, bajando á abrir la puerta.

—¿Está sola? preguntó Michaud.

—Sola con la señorita Santa.

—¿Y los demás?

—Han salido.

Catalina condujo á los magistrados á la habitación de la enferma.

—La señora no puede levantarse, les dijo Catalina; pero os contestará desde la cama.

Y volviéndose hácia Michaud, añadió:

—Ya sabéis que la señora está loca.

—Lo que tú no debes olvidar es que nadie te da vela en este entierro. Se trata de cosas muy serias.

—Más valiera que vos os hubiérais acordado del afecto con que siempre habeis sido recibido en esta casa antes de hacer traición á los Kerandal. ¡Cuántas desgracias vais á ocasionar!

—Señor escribano, tomad la pluma, dijo el procurador dirigiéndose á Aristides Cesaire.

Todos los esfuerzos de los señores Buxieres y Aubertin fueron inútiles para arrancar una sola palabra á María Ana.

—Escribid, señor Cesaire, dijo el procurador. «No hemos podido hacer declarar á la señora María Ana Kerandal, cuya locura parece indudable.

—Ya me lo presumía yo, repuso Catalina.

—¡Silencio!

—Es una crueldad venir á atormentar á una mujer que se halla en ese estado.

—¿Quereis callaros?

—Estoy en mi casa, exclamó Catalina, y tengo derecho para decir en ella todo lo que se me antoje.

—Yo haré que calleis, dijo el juez de instrucción. Gendarmes...

Michaud dió un pase hácia adelante.

—Llevaos á esa mujer.

—¿Á dónde? exclamó Catalina.

—Al patio.

—Obedezco al señor juez, observó Catalina.

Quando Michaud fué á cogerla del brazo, Catalina estaba ya á mitad de la escalera.

Michaud no había apartado los ojos de Santa, que presenciaba aquella escena, impasible.

Interiormente sufría todos los tormentos del infierno

—¿No deberíamos interrogar á esta señorita en vista de que su madre se niega á contestarnos? preguntó de repente el juez de instrucción.

—No lo sé, contestó el procurador.

—¿Quién habitaba el castillo de Penhoet en el mes de Octubre del último año de la guerra? preguntó el señor Auvertin á Santa.

Catalina, que al ver que nadie la seguía había vuelto á la habitación de María Ana, se apresuró á contestar:

—Le habitaban Pedro Kerandal, el amo de la casa y su hijo Ibo.

—¿Ibo Kerandal?

—¿Cómo quereis que se llame? No es ningun bastardo.

—¿Y sus demás hijos? ¿Dónde estaban?

—En el ejército.

—¿Volvieron?

—¿Pues no habían de volver? Volvieron cuando terminó la guerra, como todo el mundo.

—¿Dónde está en este momento Ibo Kerandal? preguntó el juez.

—No lo sé. Supongo que estará en el molino.

El juez de instrucción interrogó con una mirada al señor Buxieres.

—¿Creeis que debemos hacerle venir? Si se resiste, se dará una orden de prisión contra él.

—¡De prisión! exclamó Catalina. ¡Prender á Ibo, al hombre más honrado del mundo! ¡No hareis, no podeis hacer semejante cosa, señor procurador! ¿Qué será de esta casa, privada de Ibo? Nunca ha hecho daño á nadie. Pedid informes de él á todo el país, y os dirán lo mismo que yo.

—Ved que estais hablando con la justicia, le contestó el señor Buxieres. Solo la buena intención puede disculparos.

Catalina, no obstante esta amonestación del procurador, continuó con vehemencia.

—¿Y sabeis quién tiene la culpa de todo esto? Ese bribón de Lesguidou. ¡Llevar á la cárcel á Ibo! Por la misma razón pudieran sentenciar á muerte al señor rector y al señor obispo, que son dos santos en la tierra.

—Gendarme, volvió á decir el señor Auvertín, llevaos á esa mujer.

Tampoco aquella vez pudo Michaud poner la mano encima á Catalina.

—¿Cómo defiende á su amo! exclamó el señor de Buxieres. Debe ser una excelente muchacha.

Catalina bajó las escaleras gritando:

—¡Prender á Ibo! ¡Qué injusticia!

Los hombres de ley abandonaron por fin á Penhoet.

Catalina echó el cerrojo á la puerta.

Santa se arrodilló á los piés de una imagen de Santa Ana que había en la habitación de su madre.

Los gendarmes siguieron al carruaje en que tomaron asiento de nuevo los señores Buxieres, Aubertín y Aristides.

—A Santa Gilda, dijo al cochero el señor procurador.

Y luego, volviéndose hacia el juez de instrucción, añadió:

—Mi querido señor Aubertin, todo son oscuridades y misterios en este asunto.

Cuando el carruaje llegó á la entrada de las lan-

das, el señor de Buxieres hizo una señal á Michaud.

Michaud no había confiado á nadie su secreto.

Se reservaba el honor de que la justicia le debiera el conocimiento de su fatal hallazgo.

Juan seguramente no hablaría.

—Michaud, le dijo el señor de Buxieres, ¿no han vuelto vuestros hombres?

—No, señor procurador.

—No habrán encontrado á Juan.

—No pueden tardar.

—Esperemos, repuso el procurador echando pié á tierra.

En aquel momento, un caballo que iba á galope cruzó entre el camino de las landas y el carruaje que conducía al procurador y sus auxiliares.

Una mujer, vestida de amazona, lo montaba.

Era la señorita de Fonterose.

El señor de Buxieres, al verla, se descubrió galantemente.

—He tenido el honor de seros presentado en casa de mi amigo el señor de Ferolles, dijo á Nicolasa.

—Lo recuerdo perfectamente, señor procurador, le contestó Nicolasa.

—Perdonad que hayamos invadido vuestros dominios sin vuestro permiso. Una orden del procurador general nos ha obligado á ello.

—¡Triste necesidad! exclamó Nicolasa. Pues confío en que vuestra visita os convencerá del poco crédito

que debe darse á las palabras de una pobre loca.

Y, con un movimiento, indicó al señor de Buxieres su deseo de hablarle á solas un momento.

El señor de Buxieres se separó de sus compañeros.

—Además de ser un hombre de ley, sois un hombre galante, señor de Buxieres, le dijo Nicolasa. ¿Puedo hablare con el corazón en la mano?

—Hablad, señorita.

—Los Kerandal, si bien lejanos, son parientes nuestros, y yo no reniego de los míos. Ignoro lo que hay de verdad en el crimen que se persigue. Pero de todas maneras el hombre que lo ha perpetrado no existe. ¿Qué perdería la justicia en echar tierra sobre este asunto que ya ha fallado Dios? Para tranquilizar vuestra conciencia, os doy mi palabra de que la hija de la víctima será espléndidamente indemnizada. He aquí lo que tenía que deciros, señor procurador. Ahora haced lo que os aconseje vuestra razon.

El señor de Buxieres no contestó, pero la expresión de su rostro demostró que tendría en cuenta las palabras de la señorita de Fonterose, á quien saludó respetuosamente.

—Nicolasa saludó á Aubertin y á Aristides, y siguió su camino.

—¡Cuando las mujeres se mezclan en los asuntos de la justicia!... murmuró sentenciosamente Aristides.